

Maison Joseph WRESINSKI
2 rue de la gare
95 560 – BAILLET-en-France.

¿SOLIDARIOS... O HERMANOS ?

Entrevista al Padre Joseph Wresinski, fundador de A.T.D. Cuarto Mundo (Ayuda a todo desamparo). Junio de 1985.

Hablar de los derechos humanos y de la dignidad de cada ser humano, los Partidos políticos y las Iglesias lo hacen abundantemente. Escribir sobre el respeto debido a todos los hombres, particularmente a los más pobres, numerosos libros y documentos se dedican a ello. Sin embargo, todos estos discursos solamente nos conmueven si llevan consigo la señal de la experiencia. Queremos, con razón, juzgar las palabras a partir de los actos. ¿Que serían las palabras del Evangelio, sin la vida de Jesús entregada por amor?.

En este número de Junio, os proponemos mirar, con la mirada del corazón, a aquellos que en su carne, viven y sufren la miseria, la exclusión, el rechazo: aquellos que llamamos “los más pobres”, clasificados con esta etiqueta, en una categoría aparte, ¡cómo si no fueran realmente de los nuestros!. Para encontrarles de verdad, hemos elegido dejarnos guiar por el padre Joseph Wresinski. Él sabe lo que quiere decir ser pobre, ¡lo fue!. Eligió, de una vez para siempre, consagrar su vida a esos hermanos que nuestras sociedades ponen aparte. “Ayuda a todo desamparo”, el movimiento que fundó en 1957, está hoy extendido por Europa, Asia, América y África.

El padre Joseph sabe, al igual que los voluntarios que se le unieron, que hay en la misma pobreza, una fuerza insospechada para una auténtica liberación. La misión que ha recibido, no es la de ayudar a los pobres ni la de apiadarse de su suerte. Lo que cuenta para él es hacer surgir esta fuerza de liberación sacada de la fuente misma de la verdadera dignidad del hombre: hijos del mismo Padre, todo hombre es un hermano para el hombre, cualquiera que sea su historia, su raza o su riqueza...

Esta convicción fundamental, enraizada en toda su vida, es la que va a compartir con nosotros el padre Joseph. Esta pasión del pobre que él pone a prueba, la podemos comprender mejor, en este mes de junio, contemplando el Corazón de Aquel que nos ha dado su vida; por pasión para cada hombre amado por el Padre... hasta la Pasión, en la Cruz y su Corazón abierto para la liberación del hombre.

J-P RIPOLL, msc

Mi vocación de pobre

J.-P.R.— *Gracias, padre Joseph, por habernos recibido, a los lectores de nuestra revista y a mí... Quisiéramos comprender su vida compartida con los pobres. Pero, para ello, ¿no haría falta que nos hablara antes un poco de usted mismo?*

Padre Joseph.— Sí... ya que yo mismo nací en un medio muy pobre. Mis padres eran inmigrantes; mi padre, polaco alemán y mi madre, española. En esos arrabales de Angers donde nací, éramos los únicos extranjeros en medio de gente muy enraizada, rurales u obreros. Habíamos llegado allí al final de la guerra (II Guerra Mundial). Mi padre, por ser polaco-alemán, había estado encerrado durante la guerra, como prisionero civil. Nuestra llegada perturbó un poco al conjunto del barrio. Había ya el rechazo al extranjero, en particular a aquellos a los que se llamaba los “alemanes”.

Todo esto marcó mucho mi infancia. En este barrio nunca estuvimos realmente integrados. Sin embargo, nuestra pobreza fue nuestra arma: en el corazón de todos los hombres se encuentra de todas maneras cierta compasión; la miseria conmueve, provoca. Por eso, no pudieron dejar a mis padres morir de hambre; humanamente no era posible. Pero integrarlos, era otra cosa... Podemos sentir compasión, sin por eso llegar hasta la fraternidad, sin descubrirse hermano de aquel al que damos.

J.-P.R.— *Su descubrimiento de la fe ¿está ligado a esta pobreza vivida durante la infancia?*

Padre Joseph.— En Francia, hemos privado a menudo a los pobres de esta conciencia de que ellos son hijos de Dios. No les hemos recordado suficiente que el Señor, en su eternidad, lleva consigo siempre la preocupación de sus hijos, en particular las de los más pobres. Es sin embargo, la fuente misma de la dignidad.

He tenido la suerte de tener una madre que había tomado realmente conciencia de que era (la) hija de Dios. Lo vivía, lo compartía. Sabía descubrir la presencia de Dios en todas las realidades de su vida; ¡esto formaba parte de ella misma!. Con ella, he descubierto que si privamos a los pobres de Dios, les quitamos toda fuerza interior; les impedimos ponerse de pie.

Contrariamente a lo que algunos creen, Dios no lleva ni a la sumisión ni a la irresponsabilidad. Cristo, nunca acogió a nadie sin recordarle en cambio, que él también tenía un camino personal que hacer: “¡Ve, y no peques más!”. No hay ninguna relación entre Cristo y los pobres, que no sea al mismo tiempo una llamada a llevar a cabo un acto voluntario y personal de liberación.

La Iglesia que descubrí con mi madre, y a la que he consagrado mi vida, ¡es todo lo contrario del opio de los pobres!. El mensaje que recibí del Señor, ¡no es un mensaje de sumisión a la opresión ni a la injusticia!. La miseria no forma parte del designio de Dios: en la miseria, el hombre es un esclavo sin medios para liberarse...

J.-P.R.— *La mayor parte de las organizaciones políticas o sindicales incluyen en sus programas esta liberación. Intentan desarrollar, en la sociedad de los hombres, vínculos de solidaridad. ¿Es también este su objetivo?*

Padre Joseph.— Más que hablar de solidaridad, prefiero hablar de fraternidad. Quien dice fraternidad, dice también igualdad profunda, inherente a la naturaleza misma del hombre. Ser

hermanos, es estar unidos los unos a los otros por la sangre, el espíritu, el corazón... Por el mismo Dios. Ser solidarios es estar unidos alrededor de un problema, para resolverlo, con una reivindicación dirigida a un tercero o contra un tercero.

Así, en el sindicalismo, la gente es solidaria para arrancarle los derechos a los empresarios o al Estado. Estos derechos, desde luego, son legítimos. Pero mi dinámica no es esa. Yo prefiero entrar en un reconocimiento profundo de los unos por los otros, porque todos tenemos el derecho de estar en la misma mesa, en igualdad. No se discute el lugar de un hermano en la mesa común, si lo hacemos, renegamos de él, lo que constituye el acto más grave que puede herir al otro.

Cuando se es solidario, los otros continúan siendo los otros, extranjeros. Al ser hermanos, los unos y los otros se reencuentran en igualdad, porque se reconocen de un mismo Padre, hijos de ese Padre que les ama. Si somos solidarios, establecemos con los otros relaciones de compañeros, de camaradas. Los hermanos, estamos unidos por la vida misma, por Aquel que nos ha dado la vida, y que nos reúne de forma natural; compartimos los mismos derechos, porque compartimos el mismo origen.

J.-P.R.— *Usted puede expresarse así gracias a su fe en ese Padre del que es hijo cada hombre. ¿Cómo se expresa esta fraternidad en los demás hombres, cualquiera que sea su fe?*

Padre Joseph.— En todo hombre, en lo más profundo de sí mismo, se encuentra este impulso de “compasión” que le permite ver en el otro un hermano, un amigo, un semejante. Todas las luchas, políticas o sindicales, nunca pueden satisfacer completamente a un hombre. Hace falta también, una comunión del corazón: esta “compasión”. Si no, los combates de los hombres corren el gran riesgo de quedarse en la búsqueda de un “culpable”, de un enemigo común. Este “culpable”, es un otro que continúa siendo un extraño; no le aceptamos en un diálogo, sino que nos enfrentamos a él en una contestación o en una reivindicación, o bien... le asistimos.

Aquellos que, este invierno han respondido a la llamada de los más pobres, heridos por el frío y el hambre, han sentido que había otro camino. Esto no era solamente solidaridad, sino una realidad más importante. Lo que han reconocido, es un derecho a la vida. A menudo, hemos despreciado la compasión. Para mí, esto es lo que Cristo vivió profundamente hasta la Cruz. Para aquellos que se han movilizado este invierno, con el fin de responder a aquellos que estaban en la necesidad, era también esta “compasión” por la cual no podemos aceptar cualquier cosa para el hombre, la que ha actuado en el fondo de su corazón.

J.-P.R.— *La actual campaña contra el racismo “no toques a mi colega”, ¿no iría en ese sentido?*

Padre Joseph.— Sí, absolutamente: “¡no toques a mi hermano!”. Ya sea porque he descubierto a Dios como Padre y porque acojo al otro como un hermano que reconozco: él no es un invitado ni un extraño a la mesa; es la mesa de su familia... O sea porque, sin llegar hasta la fe, me uno a él como hermano porque es miembro de la misma comunidad humana, con los mismos derechos. En las dos situaciones, nos situamos en el dominio del corazón, ¡en lo más profundo de nosotros mismos!

Las armas de los pobres

J.-P.R.— *Ayer, con su familia, usted formaba parte de los excluidos. Hoy, usted permite a otros excluidos tomar conciencia de su dignidad. Probablemente hay un vínculo entre su vida de niño y su acción de cura...*

Padre Joseph.— Nosotros tuvimos suerte de tener una madre que jamás nos enseñó el odio; ella no buscaba culpables de lo que vivíamos. Nuestras dificultades materiales eran considerables; sin embargo, nunca la he oído acusar a nadie.

Alguna vez tenía conflictos, pero eran siempre conflictos de “honra”. Nunca aceptó no ser respetada por el vecindario a causa de su pobreza. Recuerdo haberme sorprendido un día. Hacíamos la compra. Alguien nos saludó, ella no respondió. Respondió a mi mirada: “*Ayer esta persona estaba con otros, hizo como si no me hubiera visto...*”.

Era la más pobre del barrio, por eso reclamaba tanto más respeto. Ella se “batió” no para exigir derechos y bienes, sino para obtener el derecho a la honra. Era profundamente consciente de que ella era alguien. La pobreza que soportaba no afectó a lo más profundo de ella misma, su ser madre de familia, mujér.

Siempre buscó comprometerse. Cuando mi padre se fue, ella trabajó con sus propias manos para alimentarnos. No pedía bienhechores sino aliados. Si recibía una ayuda, ella la acogía no a causa de su miseria sino por lo que era. Aunque a menudo no teníamos nada, siempre rechazó mendigar; pero ella se organizaba, se privaba...

En el fondo, consideraba que esta miseria que soportaba, exigía un derecho de respuesta. Precisamente en esta experiencia de niño descubrí mi dignidad, y la de los más pobres y de los excluidos...

J.-P.R.— *Esta conciencia de su dignidad es entonces la primera “arma” de los pobres. Pero, para usted, esto va mucho más lejos; usted dice que esta dignidad se enraíza en nuestro origen común: un solo Dios y Padre. ¿No es el propio Dios, la fuerza de los pobres?.*

Padre Joseph.— ¡Por supuesto!. Hasta tal punto que cuando hemos quitado a los pobres a Dios, cuando la Iglesia no ha tomado los medios suficientes para estar presente en medio de ellos, ¡hemos privado a estos pobres de una fuerza considerable!. Me doy cuenta en qué medida Dios es importante para aquellos que he visto salir adelante, volver a ponerse en pie e integrarse en la sociedad...

Para nuestra fe, el Cuarto Mundo, ese mundo de pobres al margen de nuestra sociedad, es realmente el “indigente”; este pueblo en la necesidad, llama a Dios, espera una respuesta que la Iglesia no le puede dar si no está a su lado. Tiene un puesto de privilegio en la Iglesia, ¡sería escandaloso si estuviera marginada en la Comunidad de Cristo!.

Cristo, no hizo como si fuera al encuentro de los pobres, los unió a su vida. La parábola del banquete nos recuerda que les ha hecho su familia humana y su familia espiritual. Si los pobres son privados de Dios no serán realmente capaces de ser liberados. Serán siempre la presa privilegiada de las ideologías, condenados a la asistencia. Por otra parte, lo que es terrible de la asistencia es que las familias llegan a la no-existencia, a la no-conciencia de ellas mismas, de su dignidad, de su responsabilidad.

Yo creo que si queremos que los pobres se liberen realmente, ¡hay que evangelizarles!. La evangelización que el Señor nos confía, no es solamente hacer conocer su nombre. Consiste también en hacer saber a los hombres ¡que Cristo vino a la tierra para una liberación!. Descubrirse hijos de Dios, es acoger esta liberación, esta salvación...

J.-P.R.— *Recientemente se ha hablado y escrito mucho a propósito de la Teología de la Liberación en América Latina. Esto ha provocado muchos debates sin que se hubiera entendido siempre de lo que se trataba. Lo que usted acaba de compartir con nosotros, ¿no es también una teología de la Liberación?.*

Padre Joseph.— Nuestro mundo occidental parece querer privarse de Dios. Él no es indiferente a lo que sucede por todas partes, no sólo en América Latina, sino también en Polonia por ejemplo, donde se despiertan algunas teologías de la liberación. Lo que es fantástico, es precisamente que en estas partes del mundo más creyentes, más aferradas al cristianismo, amando más a sus sacerdotes, haciendo cuerpo con ellos, vienen a decirnos: “¡Dios es Liberador!”.

En Occidente respondemos a la miseria por la “caridad” y por las “obras”. Ellos responden a la miseria por la miseria misma. No la miseria como factor de odio, de rechazo, de denuncia... sino la miseria como llamada a la compasión: sufrir con, comprometerse con, luchar con, estar con... ¿no es eso lo que el mismo Cristo vivió? **Es “padecer” y desaparecer con ellos, con otros; es hacer cuerpo para ponerse de pie y liberarse juntos**, para ir juntos hacia la justicia, una justicia que no niega jamás el amor, ya que sólo el amor puede destruir la miseria.

Sin embargo, las preguntas hechas por Roma a los teólogos de la liberación son útiles: esta liberación, si es la misma que la de Cristo, debe hacerse en la fraternidad, y no solamente en la solidaridad. Una liberación en la fraternidad lleva consigo que todos, ricos y pobres, somos hermanos, incluso si es el pobre el que debe convertir al rico... Una liberación sólo en la solidaridad corre el riesgo de hacernos ver en el rico el enemigo que es necesario abatir, para ponerse en su lugar. Hijos de un mismo Padre, quiere decir que **juntos** tenemos que cambiar, liberar, salvar el mundo. ¡Y no solamente entre compañeros o camaradas!

La Virgen María: ¿la voz de los pobres?

J.-P.R.— *En su descubrimiento de un Dios Liberador, dos mujeres han jugado un rol determinante: su madre y María, esta mujer que es la madre de Jesús...*

Padre Joseph.— Mi madre tenía una gran devoción a la Virgen; estaba en comunión con ella. La conciencia de su dignidad y su vida con María, para ella estaban muy relacionadas. Ella velaba para que todas las tardes dijéramos juntos el “Ave María”. Esta oración era como una súplica, no la súplica de una mujer que se siente miserable... sino la súplica de alguien que se siente realmente parte de la amistad, de la ternura de Dios manifestada en María.

En nombre de los pobres, lamento que se haya descuidado, en estos últimos años, el lugar de la Virgen en la Iglesia. De esta manera se ha abandonado demasiado fácilmente la experiencia de los pobres a lo largo de los siglos: esta experiencia compartida con María por todo ese mundo del sufrimiento, de la miseria, de la pena, de la tristeza.

Lo que ha pasado con la película de J.-L. Godard, “*Yo os saludo María*”, nunca habría sido posible si la Virgen hubiera conservado el lugar que los pobres le habían dado en la Iglesia a lo largo de los siglos. Somos nosotros, la Iglesia, los culpables de que una película de este tipo haya podido ser producida. J.-L. Godard ha dicho que no había “*querido herir el sentimiento de los creyentes*”. Es verdad, para él ese sentimiento de los creyentes ya no existía... En cualquier caso no es lo suficientemente vivo, dinámico, para ser percibido; no motiva lo suficiente.

Separando a los pobres de Dios se les ha quitado ese dinamismo que les permitía, reconociéndose como hijos, liberarse. De la misma manera, echando a un lado a la Virgen María, se les ha privado de la relación absolutamente privilegiada que tenían con ella. Esta relación estaba alimentada, a lo largo de los siglos, por la confianza, lo compartido, la seguridad de que la Virgen no era extraña a su voluntad de liberación.

J.-P.R.— *“ensalza a los humildes. Colma de bienes a los hambrientos...” Esta alabanza de María ¿no es también la voz de los pobres?*

Padre Joseph.— ¡Sí! No solamente María es la Virgen de los pobres, ¡sino que también es la voz de los pobres! La palabra de María en el Evangelio, está inspirada por Dios desde el origen del misterio de Cristo. Es un grito de liberación de los pobres, la petición de poner al revés un mundo, la re-creación de este mundo: “*ensalza a los humildes*”.

Desde el comienzo, es la respuesta a una sociedad que espera su completa transformación de Aquel que debe venir. Es también la llamada dirigida al corazón del hombre para que se convierta y cambie. La parábola de los obreros de la viña nos revela lo que Cristo lleva a cabo: un mundo al revés... El obrero en esta parábola no está reducido a su trabajo, a su eficacia. Dios también toma en cuenta su espera, la suma de sus humillaciones y la miseria que ha tenido que soportar.

Este mundo al revés, la Virgen lo proclama en su Magnificat. Los corazones serán completamente cambiados; los poderosos descenderán de su trono, no forzosamente para ser castigados... si no para reencontrar a los humildes que serán elevados. Ya que los poderosos y los humildes están invitados a reencontrarse, los unos y los otros, en su dignidad común. No se trata de reencontrarse en los roles antagonistas que hacen dirigirse los unos contra los otros ¡cada uno tiene su lugar, complementario al del otro, para acoger la liberación de hijos de Dios!

Eso es lo que mi madre me enseñó de la Virgen María... ella vivió de esta manera el misterio de cada hombre: ser hijo de Dios. Nos ha puesto sobre este camino en el cual su miseria no era provocación al odio, sino al amor: una fuerza para convencer y para alcanzar y transformar los corazones con el fin de que toda miseria sea destruida.

J.-P.R.— *Esta voz de los pobres, ¿cómo la acogen las familias del “Cuarto Mundo”, ese mundo de subproletarios, de los más pobres y excluidos?*

Padre Joseph.— Todos los años nos encontramos en Lourdes con varios cientos de subproletarios venidos de Francia y de Bélgica. Esta corriente Mariana ha permitido crear, en una treintena de ciudades, grupos de reflexión religiosa y de oración con familias del Cuarto Mundo. Cada grupo está siempre bajo la responsabilidad del cura de la parroquia: no hay que hacer una Iglesia de los pobres paralela al resto de la Iglesia; eso sería la negación misma de la dinámica de María...

También hemos podido crear un centro espiritual en la región del Jura, donde las familias pueden ir con “voluntarios” del Movimiento y “aliados”, para tiempos de retiro. Para continuar esta acción, quisiéramos movilizar más a las parroquias con el objetivo de que recen con nosotros y sobre todo que no marginen, en sus comunidades, a esos pobres que están en sus puertas.

¡Ayuda a Todo Desamparo!

J.-P.R.— *En 1956, usted llega al campo de Noisy, fundado por Emmaüs. En 1957, con algunos subproletarios, funda lo que se convertirá oficialmente, en 1960, en “Ayuda a todo desamparo” (A.T.D.). Cerca de 30 años después, ¿a qué responde este movimiento hoy en día?*

Padre Joseph.— ¡A las mismas necesidades, a la misma marginalidad, a las mismas convicciones!. A principios de este año, durante el invierno, en un barrio de X..., la E.D.F. (Electricidad de Francia), cortó la electricidad a diez familias. De esta manera, les privó al mismo tiempo de la calefacción. Tres de estas familias tenían un bebé de algunos meses. Al lado de estas familias, no había ninguna presencia de creyentes, de Iglesia... El escándalo, para mí, está siempre ahí, ¡una Iglesia ausente de estos acontecimientos!

Es cierto, que la Iglesia no puede estar por todas partes. Pero su responsabilidad está en primer lugar allí donde el sufrimiento y la miseria son más evidentes. La más grave de las exclusiones para los pobres ¡es la de la Iglesia!. Ya que los pobres son la Iglesia por la voluntad del Señor... La Iglesia, ¿cómo puede tener conciencia de ser la Iglesia de los pobres, cuando acepta su marginalidad?. Esta marginalidad tiene como consecuencia apartar a los pobres de Dios, mientras que su miseria debería encontrar su fuerza de liberación en Dios. Hoy en día, como en 1956, ¡aquí está mi convicción y la fuente de mi acción!

J.-P.R.— *Sin embargo, el movimiento “Aide à toute détresse” no está constituido solamente por creyentes...*

Padre Joseph.— El movimiento es interconfesional. Un número bastante grande de voluntarios y aliados no son creyentes. Los “voluntarios” que lo animan están unidos por esta voluntad de hacer tomar conciencia a los más pobres de que son liberables y que solamente **juntos** podremos liberarnos. Entre nosotros, ¡incluso los ateos van a luchar por el derecho a la espiritualidad! Incluso si para ellos no está todo claro a nivel de fe, para ellos es un derecho importante: el derecho a orar, el derecho a los sacramentos, ¡el derecho a ser Iglesia! Yo mismo he visto a voluntarios no creyentes, enfrentarse a los curas para conseguir la celebración de una comunión o de un matrimonio que se quería retrasar o rechazar...

Esta es una dinámica fundamental en el movimiento: este respeto profundo por el derecho a lo espiritual. También los pobres tienen el derecho de conocer a Dios.

J.-P.R.— *Entrar en este movimiento, ¿qué tipo de compromiso supone para los voluntarios que se os unen?*

Padre Joseph.— ¡El desprendimiento para empezar! Para nosotros es esencial: los voluntarios que forman el movimiento han aceptado, a veces sin haberlo buscado o sin haber tomado conciencia, vivir en la indigencia. Cualesquiera que sean sus creencias filosóficas o espirituales... En cualquier región del mundo donde se encuentren aceptan vivir con la mitad del salario mínimo de ese país. Esta dinámica les permite quedarse al mismo nivel del mundo de la miseria, no imponerse por medios materiales. En efecto, tenemos ya muchos medios que este mundo de pobres no tiene: intelectuales, familiares, espirituales o culturales...

En esta voluntad de ser económicamente pobres, nos une sin a veces saberlo, a la dinámica misma de Jesucristo y de su Iglesia, tal y como él la quiso...

Por otra parte, ser voluntario de “Aide à toute détresse”, no es ser benévolo: los voluntarios se forman para su compromiso como educador, cura, asistente social o sociólogo. Ser “voluntario” es un compromiso unido a un oficio, una profesión, un estatus.

J.-P.R.— *Estos voluntarios, pobres entre los pobres, convencidos de una liberación posible en el corazón de la pobreza, ¿qué hacen?, ¿cuál es su acción?*

Padre Joseph.— Van a las zonas a las que ya nadie quiere ir. Así, en Marsella, fueron a Bassens, St-Joseph, la Calade, la Renaude, allí donde las familias les pidieron que fueran, a menudo porque les habían visto manos a la obra en el mismo barrio o en el barrio de chabolas vecino. Su primera misión es compartir la vida de la gente, su pobreza, y hacerles descubrir, más allá de las dificultades, quiénes son los suyos, que tienen hermanos. Con ellos se comprometen en acciones precisas para mostrar que es posible alejarse de la miseria. Aquí será la creación de un jardín de infancia que movilizará a toda una cité (barrio de vivienda social) alrededor del desarrollo de los más jóvenes; así se expresará una esperanza para el futuro de sus hijos y, al mismo tiempo, para su propio futuro como familia. Allí será un club de prevención: los jóvenes van a poder venir para cultivarse, expresarse, aprender a leer y escribir; pero al mismo tiempo, es el conjunto de la cité el que va a promoverse alrededor de ellos. En otro lugar, pondremos en marcha las universidades populares que reunirán a los adultos para compartir sus situaciones y releer su vida; descubrirán entonces, en su propia historia, que siempre hubo un rechazo a la miseria y que ellos son los herederos de todos aquellos que han buscado liberarse de ella y liberar “a los más pobres que ellos”.

Para comprender nuestra acción, pensad un poco en estas muñecas rusas que se encajan unas en otras... Allí donde estamos, lo que hacemos contiene siempre un significado y unas consecuencias más allá de nuestra acción como tal.

J.-P.R.— *¿Vuestra misión se limita a una presencia y a una acción en medio de los más pobres? ¿No es necesario actuar también cerca de aquellos que tienen el poder?*

Padre Joseph.— Cierto... es lo que yo llamaría la “representación”: dar de nuevo la palabra a los más pobres ante las autoridades civiles o religiosas, tanto ante el Estado como ante las instancias internacionales, ante las administraciones. Todo lo que conocemos de las familias, lo que ellas nos enseñan, nosotros lo recogemos. Todos los días, escribimos nuestro diálogo con las familias. Es para nosotros nuestro examen de conciencia, nuestra revisión de vida personal. Pero eso nos permite sobretodo, poder construir un conocimiento de las familias, un conocimiento que también tendrá que ser transmitido por ellas.

Nosotros hacemos la transmisión de este conocimiento, a todos los niveles de poder. Así, cuando se crea un “jardín de infancia”, es siempre con el acuerdo de las autoridades educativas; para obtener este acuerdo, nos hacen falta “dossieres” que demuestren las expectativas de las familias y sus condiciones de vida. Este dossier mostrará por ejemplo las consecuencias de una clase maternal “inadaptada” en un medio donde muchos no saben ni leer ni escribir. Esta transmisión también llega hasta las cimas de poder. Recientemente, tuve un encuentro con el Sr. Mitterrand a propósito de las reestructuraciones industriales, con una petición precisa: la evaluación de las consecuencias de las reestructuraciones sobre los más desfavorecidos...

A partir de este conocimiento compartido, con la intención de devolver la palabra a los más pobres, lanzamos igualmente campañas para despertar la opinión. Así hemos podido hacer que las autoridades francesas y europeas tomaran conciencia del alcance del analfabetismo. Esta es una de las luchas importantes de los pobres, presente en la prensa o en manifestaciones en todos los países europeos. Nos hemos fijado un objetivo: ni un solo analfabeto más en nuestras cités, de aquí a 10 años... Nuestro proyecto de liberación pasa también por esta faceta “política”, en el sentido de que queremos movilizar las fuerzas sociales, políticas y espirituales de Europa.

J.-P.R.— *En el fondo de estas acciones y de estos objetivos ¿no es finalmente el Proyecto de Dios - ¡un Dios Creador, un Dios Liberador! - lo que usted alcanza?*

Padre Joseph.— Las ideologías han conducido a los hombres hacia falsos debates. Algunos han sido arrastrados hacia una especie de divinización de sí mismos; otros han hecho del grupo social, de la raza o del estado, el centro de todo, la razón última de todo...

Yo creo que aquello que debe unirnos y acercarnos, es que unos y otros, nos encontramos en la misma mesa, con el derecho indiscutible de “ponerse manos al plato”. Somos de la misma familia, participantes de la misma herencia. Nadie puede ser descartado, ni excluido, porque eso no correspondería a las normas; ¡no son ni los comportamientos, ni las ideas lo que nos mantiene hermanos!. Si creo que la miseria es liberadora, es porque la llamada de aquel que sufre, del que está excluido, es la llamada de un hermano a otro hermano... ¡También es la llamada de un Padre a sus hijos invitados a la misma Mesa!.